

EL SUICIDIO O LA ANARQUÍA

Probablemente en ninguna época del mundo se ha podido tener, como se tiene ahora, la sensación de que el mundo está dirigido. Los políticos que ejercen el poder se desgastan, se queman y su permanencia es apenas funcional. Cuando Humphrey, en vísperas del «Mortarium Day», advertía del riesgo que supone para un país desprestigiar la figura del Presidente que, en virtud de la Constitución, debe permanecer aún más de tres años en el poder, no estaba naturalmente defendiendo la figura de Nixon, que ha sido su rival en las elecciones presidenciales, y aunque de hecho estaba defendiendo la existencia de un sistema al que ha pertenecido y pertenece —el sistema que sostiene la guerra del Vietnam—, la realidad es que estaba poniendo el dedo en una llaga política. Humphrey vio muy de cerca lo que suponía tratar de gobernar un país con una mole de desprestigio encima, como ocurrió durante el último año de Johnson, en el que él fue vicepresidente. ¿Puede un país soportar una situación parecida durante más de tres años? Un país con graves problemas políticos, militares y económicos, y con una extensión imperial que abarca al mundo entero...

Pero el problema no es que los políticos se quemen en el poder; es, más bien, que llegan a él abrasados. Nixon estaba ya hundido en 1960. Su época —la época en que fue vicepresidente con Eisenhower— había pasado. Era un superviviente. En las elecciones de aquel año para la Presidencia le derrotó Kennedy. Dos años después se presentó a las elecciones para gobernador del Estado de California y las perdió. Anunció que se retiraba. Su carrera había terminado. «No podrán ustedes cocear más a Nixon», dijo con su lenguaje de entonces a los periodistas («You don't have Nixon to kick around any more»). ¿Qué razón había para esperar que su resurrección —la más espectacular después de la de Lázaro—, se dijo— podría dar resultado? Únicamente sucedía que había que votar a Humphrey o a él, y el desprestigio y la nulidad de Humphrey estaban todavía más próximas. Los otros candidatos cayeron por balas o por maña (Robert Kennedy, Eugene McCarthy). En la misma situación se encontraron los franceses el verano pasado, entre Pompidou, comprometido con el régimen gollista, y Poher, ilustre desconocido. En Alemania Federal, Willy Brandt llega al poder después de años de colaboracionismo con el partido rival —esa forma de colaboracionismo que se llama gobierno de coalición—, y aunque su dinamismo, su brillo exterior, dan la sensación de que puede cambiar el estilo de su país, no se cree seriamente que pueda cambiar el destino. Se asienta sobre un partido triturado e invalidado por la historia —el socialdemócrata—, sin verdadero color, sin verdadero brío.

Una situación muy característica es la que se presenta en Italia, donde en realidad parece que nadie quiere gobernar, y la democracia cristiana, que lo hace a regañadientes, está dividida en tantas facciones que fácilmente pueden contarse diez. La asamblea del partido, que acaba de elegir secretario general a Arnaldo Forlani —un moderado, un mediador, un unificador—, tenía como misión principal «curar el partido». ¿Puede gobernar un país un partido que se considera a sí mismo como enfermo?

Es prácticamente inútil pasar revista a todos los países donde este fenómeno del poder borroso está sucediendo. No se detiene el problema en Occidente. Los hombres de Moscú —Podgorny, Brejnev, Kosiguin— son un vivo ejemplo de lo amorfo y lo borroso. Quizá sea deliberado, tras el exceso de Stalin y el brillo

ingenioso de Krutchev, pero esa deliberación no resuelve tampoco la sensación de falta de política de gobierno.

En el tercer mundo —Hispanoamérica, Asia, África— el poder está en cuestión por los golpes de Estado y las revoluciones de palacio. Los hombres fuertes aparecen como interinos, lo cual es una contradicción grave. Están continuamente amenazados por sus amigos, y el más claro tiempo de su vida lo pasan en idear las fórmulas para evitar ser derrocados.

Esta falta de hombres enteros en el poder es solamente grave por una cuestión: porque no reflejan las necesidades ni las vocaciones de las masas. El hombre del poder puede y debe permitirse ser personalmente borroso si en cambio se considera como un receptáculo de la voluntad popular. No parece que sean estos los casos de nuestra época. Los que son elegidos por voluntad popular lo son porque antes el sistema ha eliminado la posibilidad de acceso de otros políticos. Las elecciones pueden ser eminentemente honestas si la deshonestidad se ha cometido antes.

En este aspecto, la sensación general es la de que hay «fuerzas ocultas» o «gobiernos invisibles» y que quienes los presiden o los dirigen, con uniforme de hombres fuertes o con chaqueta de civiles, no son en general más que juguetes de esas misteriosas fuerzas. Este tipo de sospecha no es estrictamente actual. Circula desde hace siglos. Lo que sucede hoy es que los «gobiernos invisibles», como por ejemplo la C. I. A., son cada vez más visibles, las fuerzas ocultas son cada vez menos ocultas, a menos de que anide tras de ellas un hecho grave —ejemplo, el asesinato de Kennedy— que fuerce a esconder la mano.

Pero este es un asunto secundario. Pueden existir o no esas fuerzas ocultas, puede o no definírselas, encontrarlas tras inesperados actos de gobierno. Son lo que se llaman grupos de presión, lobbies o establishment. Pueden, incluso, llegar a institucionalizarse y a ser aceptadas. Pero el hecho fundamental es que en esta época concreta de la historia, ni las fuerzas visibles ni las invisibles dan la necesaria sensación de que dirigen el mundo hacia algo, de que son transmisores de un impulso o receptáculos de una voluntad popular. Están saltando a los actos de gobierno todas las contradicciones posibles en todos los sistemas posibles. Probablemente, los últimos sobresaltos fueron los acontecimientos de mayo de 1968, las últimas denuncias contra la incongruencia, aunque llevaran en sí numerosas incongruencias propias —tanto en París como en Checoslovaquia—.

Probablemente, la explicación más aceptable de este estado de cosas es la que da Arnold Toynbee. Hace retroceder estos síntomas de anarquía —en el sentido de falta de dirección— al año 1914 —el principio de la pérdida de la hegemonía europea—, aunque, en realidad, los síntomas más visibles sean los actuales. Para Toynbee, el núcleo de la cuestión es que la serie consecutiva de crisis en la dirección del mundo debía conducir a una guerra decisiva. Como esta guerra tendría carácter atómico, y probablemente entrañaría la destrucción de la humanidad o al menos la de las naciones combatientes, sus aliados y algunos de sus vecinos, la crisis carece de solución. La opción se plantea entre el suicidio colectivo o la crisis permanente de valores, conductas, ideologías y aun situaciones. Los conflictos se ulceran —Vietnam, Oriente Medio, las dos Alemanias— y la imposibilidad de resolverlos por la fuerza se hace tan patente como la de resolverlos por la paz.